

OBISPO

Decretos

Nombramientos



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE OURENSE.

Dada la especial atención y dedicación que requiere la formación espiritual y humana de los seminaristas del Seminario Menor de la Inmaculada de nuestra Diócesis, y teniendo en cuenta las cualidades personales y pastorales que concurren en el **Lic. Rvdo. Sr. D. MIGUEL SALAS PÉREZ**, sacerdote diocesano, por el presente le nombramos **DIRECTOR ESPIRITUAL** del Seminario Menor de la Inmaculada “ad nutum Episcopi”; y le otorgamos las facultades ordinarias para el desempeño de esa responsabilidad, confiando en que realizará su labor con el mayor celo para gloria de Dios y bien de la Iglesia diocesana.

En Ourense, a trece de julio de dos mil veintitrés.



Por mandato de su Excia. Rvdom.

Manuel Epifanio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

**NOS, EL DOCTOR D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE OURENSE,**

Manifestado, desde el primer momento nuestra preocupación y cercanía por todo aquello que afecta a la buena marcha de esta Santa Iglesia Catedral-Basílica de San Martiño y de su Cabildo, sabiendo que el oficio de Archivero-Bibliotecario es importante para el buen servicio pastoral de esta que es la *Iglesia Madre* de la Diócesis, he nombrado en fecha 6 de agosto de 2020, al **Lic. Mons. D. Luis Manuel Cuña Ramos**, como **Canónigo Archivero-Bibliotecario** del Cabildo de esta Iglesia Catedral Basílica de San Martiño.

Últimamente, Mons. Cuña Ramos me ha manifestado que sus muchas obligaciones pastorales le dificultan la atención a esta tarea, por lo que, para que le ayude en la misma, por el presente vengo en nombrar y nombro al **Ilmo. Sr. D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez**, Canciller-Secretario del Obispado, licenciado en Historia y en Estudios Eclesiásticos, como **Vicedirector del Archivo-Biblioteca del Cabildo Catedral**.

Ordenamos que se notifique y publique en el Boletín de este Obispado y en los demás órganos de información.

Dado en Ourense, a trece de julio de dos mil veintitrés.



Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

Por mandato de su Excia. Rvdma.

Rosario Blanco Ríos
Vicecanciller-Secretario



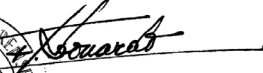
LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

Reg. Nº. 642/2023

NOS EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE OURENSE.

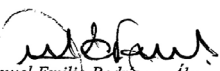
A fin de que estén atendidos los servicios espirituales y pastorales de la parroquia de *Santa Mariña de Loureiro* en el Arciprestazgo de O Carballiño, por el presente tenemos a bien nombrar, **ADMINISTRADOR** de esta al **Rvdo. D. MIGUEL SALAS PÉREZ**, con las obligaciones y derechos que establece el canon 515 y siguientes del Código de Derecho Canónico, en la confianza de que sabrá cumplir fielmente su labor al servicio de los fieles católicos de dicha parroquia.

Dado en Ourense, a uno de septiembre de dos mil veintitrés.



Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

Por mandato de Su Excia. Rvdma.


Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

Prot. S. N°: 643-644/2023

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE**

De conformidad con lo que establece el canon 151 del Código de Derecho Canónico, deseo proceder al nombramiento de Párroco de las parroquias de Santa María de Cualedro, Santa María de Penaverde, San Martín de Rebordondo, San Salvador de Vilar de Lebres, Santa María de Atás y San Bartolomé de Baldriz, en el Arciprestazgo de A Limia.

Teniendo en cuenta las condiciones que señalan los cc. 521 y 524, la Instrucción de la Congregación para el Clero *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, en el n° 70, y las normas para el nombramiento de párrocos vigentes en nuestra Diócesis (B. O. mayo-junio de 2000), nombro **PÁRROCO de Santa María de Cualedro, Santa María de Penaverde, San Martín de Rebordondo, San Salvador de Vilar de Lebres, Santa María de Atás y San Bartolomé de Baldriz, al Rvdo. D. CAMILO PENÍN ALONSO**, con las facultades ordinarias para el desempeño de su misió.

Tomará posesión de las mismas el día 17 de septiembre, y de acuerdo con el c. 527,2 se le dispensa de la ceremonia de toma de posesión; pero deberá observar lo demás que prescriben las normas para el nombramiento de párrocos, n. 6, y hacer la profesión de fe según el c.833, 6°

Esperamos confiadamente que el nombrado cumpla con toda fidelidad las obligaciones que le son propias y que se determinan en los cc. 528 y siguientes y en la normativa diocesana; para gloria de Dios y bien de los fieles que se confían a su celo pastoral.

Dado en la ciudad Ourense, a uno de septiembre de dos mil veintitrés.



[Firma manuscrita]

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Por mandato de S.E. Rvdo. Sr. D. Camilo Penín Alonso

[Firma manuscrita]

M. Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

Prot. S. Nº: 645/2023

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE**

De conformidad con lo que establece el canon 151 del Código de Derecho Canónico, deseo proceder al nombramiento de Párroco de las parroquias San Pedro de Flariz, Santa María de Caridade, San Roque de Carzoá, Santa María Magdalena de Flariz y San Baia de Montes en el Arciprestazgo de A Limia.

Teniendo en cuenta las condiciones que señalan los cc. 521 y 524, la Instrucción de la Congregación para el Clero *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, en el nº 70, y las normas para el nombramiento de párrocos vigentes en nuestra Diócesis (B. O. mayo-junio de 2000), **nombro PÁRROCO de San Pedro de Flariz, Santa María de Caridade, San Roque de Carzoá, Santa María Magdalena de Flariz y San Baia de Montes, al Rvdo. D. MARTÍN ATANES LOSADA**, con las facultades ordinarias para el desempeño de su misión.

Tomará posesión de las mismas el día 17 de septiembre, y de acuerdo con el c. 527,2 **se le dispensa de la ceremonia de toma de posesión**; pero deberá observar lo demás que prescriben las *normas para el nombramiento de párrocos*, n. 6, y hacer la profesión de fe según el c.833, 6º

Esperamos confiadamente que el nombrado cumpla con toda fidelidad las obligaciones que le son propias y que se determinan en los cc. 528 y siguientes y en la normativa diocesana; para gloria de Dios y bien de los fieles que se confían a su celo pastoral.

Dado en la ciudad Ourense, a uno de septiembre de dos mil veintitrés.



Por mandato de S. E. Rvdma.

M. Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

Prot. S. N°: 646/2023

**NOS, EL DOCTOR DON JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE**

De conformidad con lo que establece el canon 151 del Código de Derecho Canónico, deseo proceder al nombramiento de Párroco de las parroquias San Salvador de Vilamaior da Xironda, San Miguel de Gudín, Santa María de Lucenza, Santa María de San Millán, Santiago de Vilela y San Nicolás de Novás, en el Arciprestazgo de A Limia.

Teniendo en cuenta las condiciones que señalan los cc. 521 y 524, la Instrucción de la Congregación para el Clero *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, en el n° 70, y las normas para el nombramiento de párrocos vigentes en nuestra Diócesis (B. O. mayo-junio de 2000), **nombre PÁRROCO de San Salvador de Vilamaior da Xironda, San Miguel de Gudín, Santa María de Lucenza, Santa María de San Millán, Santiago de Vilela y San Nicolás de Novás, al Rvdo. D. DOMINGO FERNÁNDEZ COELLO**, con las facultades ordinarias para el desempeño de su misión.

Tomará posesión de las mismas el día 17 de septiembre, y de acuerdo con el c. 527,2 **se le dispensa de la ceremonia de toma de posesión**; pero deberá observar lo demás que prescriben las *normas para el nombramiento de párrocos*, n. 6, y hacer la profesión de fe según el c.833, 6°

Esperamos confiadamente que el nombrado cumpla con toda fidelidad las obligaciones que le son propias y que se determinan en los cc. 528 y siguientes y en la normativa diocesana; para gloria de Dios y bien de los fieles que se confían a su celo pastoral.

Dado en la ciudad Ourense, a uno de septiembre de dos mil veintitrés.



J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Por mandato de S. E. Rvdo. Sr. Obispo

M. Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario



LEONARDO LEMOS MONTANET
BISPO DE OURENSE

JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE

DECRETO

Habiendo transcurrido cinco años desde el nombramiento Rvdo. Sr. D. Segundo Fernández Movilla para el cargo de Rector del Seminario Menor de la Inmaculada y, visto su buen desempeño en el ejercicio de este, deseo prolongar su nombramiento por cinco años más.

Y, consecuentemente, por el presente vengo en nombrar al *Rvdo. Sr. Lic. D. Segundo Fernández Movilla, Rector del Seminario Menor de la Inmaculada* de nuestra Diócesis, y *Director Técnico de Estudios del mismo centro*.

Dado en la ciudad de Ourense, a veintinueve de septiembre de dos mil veintitrés, fiesta de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.



J. Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense

Por mandato de S. E. Rvdma.

M. Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller-Secretario

Homilías

Misa do Domingo décimo cuarto do Tempo ordinario, retransmitida pola TVG dende a parroquia de Santa Mariña de Augas Santas

Santa Mariña, 8 de xullo de 2023

Benqueridos irmáns e irmás que estades aquí presentes.

Saúdo cordialmente a todos aqueles que participades nesta Eucaristía por medio da TVG, en especial ós enfermos e anciáns.

Meus irmáns todos:

Coas mesmas verbas do profeta Zacarías, que atopamos na primeira lectura que se nos proclamou nesta Misa, quixera comezar esta pequena reflexión dicindo: *Relouca, filla de Sión, berra de ledicia, filla de Xerusalén. Velai chega o teu rei, é xusto e protexido do Señor, humilde e montado nun burriño* (Zac 9, 9-10). Neste día do Señor, neste día dos cristiáns, enchémonos de ledicia porque o Bo Deus achégase a nós este domingo a través da súa Palabra e da súa Eucaristía, e faino con sinxeleza e pobreza, non para asustarnos, nin darnos medo. O noso Deus non impón medo! Todo o contrario! Con que dozura nos fala o profeta Zacarías do Señor que se achega a nós *humilde e montado nun burriño*. Ese é o trono do noso Deus. Ese Deus connosco manifestarásenos reinando dende a cruz, amosándosenos coma o Crucificado-Resucitado; e dentro duns momentos, presentarase diante de nós coma un pan partido que se nos ofrece, *Aquel que quita o pecado do mundo*. É o Deus que por medio da Eucaristía fáisenos alimento para a nosa existencia crente.

Este Deus amósasenos coma Aquel que é manso e sinxelo, e convértese para nós en camiño, verdade e vida de tal modo que imitándoo axúdanos a tratar a Deus coma o noso Pai, cheo de misericordia e tenrura. E faino con estas verbas do Evanxeo que escoitamos hoxe: *Bendito sexas, meu Pai, Señor do ceo e máis da terra, porque lles escondiches estas cousas aos sabios e ós prudentes e reveláchesllas á xente humilde* (Mt 11, 25).

Non podemos esquecer estas verbas do Señor, que nos amosan o camiño cara Deus á xente humilde, e ós pequenos. Vivimos nunha xeración onde o que é importante é a rentabilidade das cousas, búscanse que os acontecementos sexan fantásticos, cheos de espectáculo, cun grande poder atractivo que se converte nun reclamo para moita xente. Estamos a ver nestes días de verán como se moven as multitudes dun lugar para outro, buscando encontros extraordinarios; e moitos deses encontros non dan paz senón que a miúdo baleiran o corazón e deixan insatisfeita a existencia do ser humano, de aí que xurdan respostas que van contra a esperanza e contra a mesma vida do ser humano.

Sen embargo, o camiño que nos amosa o Señor é moi diferente. No mesmo Evanxeo deste domingo nolo di, dun xeito moi claro: *Achegádevos a min todos vós que estades cansos e oprimidos, que eu vos aliviarei. Cargade co meu xugo e aprendede de min, que son bo e humilde de corazón e atoparedes acougo para as vosas almas; porque o meu xugo é levadío e a miña carga liviá* (Mt 11, 29). Xesús ensínanos cal é o camiño que nos conduce á paz, ó acougo interior, a esa harmonía vital que buscan tantos dos nosos contemporáneos; non é no ruído, nin no extraordinario onde podemos atopar esa paz e ese repouso interior, senón a través do camiño da sinxeleza, da pequenez e da pobreza.

Quixera poñervos como exemplo o que me sucedeu hai uns días: esta última semana tiven a sorte de acompañar unha peregrinación de persoas enfermas e anciás ó santuario de Lourdes; acompañábanos un bo grupo de hospitalarios mozos que, voluntariamente, prestaban atención ás persoas maiores e coidaban ós enfermos. Alí atopáronse conque o camiño da verdadeira paz e da alegría era moi sinxelo: descubrir que os outros están máis necesitados ca nós da axuda de Deus e dos demais. Que os sufrimentos dos outros son moito máis grandes que aqueles que nos afectan a nós. Que naquel lugar, a Nai de Deus fíxose presente a unha rapaza moi pobre e enferma. A ela entregoulle o agasallo dunha mensaxe de esperanza que segue a convocar millóns de peregrinos de todo o mundo ó redor daquela gruta de Massabielle, daquel santuario. Aquele é un lugar de oración, de conversión e de paz. Así actúa Deus. E todos os que viven esa experiencia relixiosa séntense transformados pola presenza misericordiosa da Nai de Deus, Consolo dos aflixidos. Cando cada un daqueles mozos transformados polo ambiente abría o seu corazón, manifestábase con sinxeleza e emoción que se sentía tocado pola bondade dun Deus misericordioso, de tal xeito que voltaron ós seus fogares cheos de paz e de ledicia.

Podemos dicir, a outra escala diferente, que tamén ó longo dos meses de verán, son moitos os lugares da nosa Galicia que se están a converter en puntos de atracción semellante, no só para os crentes senón tamén para aqueles que andan á procura da verdade para a súa existencia: son os nosos santuarios. Cara eles camiñan como peregrinos na fe moitos homes e mulleres procurando a paz do seu corazón, a conversión da súa vida e a axuda para os seus males. Un destes lugares significativos é esta parroquia de Santa Mariña de Augas Santas.

Neste lugar onde nos atopamos, que dende hai séculos se converteu nun punto de atracción para tantos fieis, atopámonos cun complexo arqueolóxico e histórico sobre o que está asentado este fermoso e antiquísimo templo; foi a devoción de todo un pobo o que construíu este lugar consagrado a Deus en

memoria de santa Mariña, unha rapaza mártir que pola súa fe en Cristo e en defensa da súa virtude, foi decapitada. A memoria da súa presenza fascinou a moitos fieis ó longo do tempo e aínda segue a ser un polo de fascinación relixiosa para moitos peregrinos e devotos.

Convíдовos, meus queridos irmáns e irmás, a que co espírito aberto a Deus, vos acheguedes a este fermoso lugar de paz e, se non o podedes facer fisicamente, facédeo espiritualmente, e encomendádevos a esta santa mártir facéndolle presentes as vosas necesidades, as do mundo enteiro e, de maneira especial, pidámoslle que nos conceda a paz nos nosos corazóns, nos nosos fogares e no mundo enteiro.

Que santa Mariña, cuxa novena se está a vivir con tanta devoción neste lugar e noutras igrexas espalladas pola xeografía de Galicia, sexa para cada un de nós un referente que nos axude a ser iso que o papa Francisco nos lembra a miúdo: temos que ser testemuñas-misioneiras do amor dun Deus que é misericordia, para que o mundo crea e se salve.

Que así sexa.

Solemnidad de san Bernardo
Monasterio de Santa María la Real de Oseira

Oseira, 20 de agosto de 2023

Sal 7, 7-10.15-16

Flp 3, 17-4,1

Mt 5, 13-16

Mis queridos Padres y Hermanos, monjes de Santa María la Real de Oseira.

Hermanas y hermanos míos:

En el día del Señor celebramos en este monasterio la solemnidad de San Bernardo, abad y doctor de la Iglesia, y la oración colecta de la Misa de este día nos da la clave para esta reflexión: *“Oh, Dios, que hiciste del abad san Bernardo una **lámpara ardiente y luminosa** en tu Iglesia (...) concédenos participar de su ferviente espíritu y caminar siempre como hijos de la luz”*.

Nuestra Iglesia, que es una gran familia que camina en medio de las tribulaciones de este mundo y de los consuelos de Dios, necesita a los santos para que nos ayuden en nuestro camino como peregrinos de la fe, de tal modo que así nos dejemos ganar el corazón y la vida por Jesucristo. Pero no podemos caer en la fácil tentación de convertir a esos que veneramos como los mejores hijos de la Iglesia como si fuesen seres extraordinarios, de otra galaxia, que tantas veces adornan los retablos de nuestros templos. ¡No! Los santos han sido y siguen siendo como cada uno de nosotros, de carne y hueso. Lo que les ha llevado al grado sublime de la santidad ha sido que no se cansaron de luchar nunca, a pesar de sus caídas, problemas y dificultades, tanto internas como externas a ellos mismos. Venzamos la tentación de pensar que la santidad es una vocación para privilegiados y convenzámonos de que es una llamada que brota, constantemente, de nuestro Bautismo. Es precisamente de ahí de donde arranca esa exigencia de plenitud y todo ese dinamismo que el Espíritu nos concede a todos los que vivimos esa consagración bautismal para ser y vivir como hijos de Dios.

Así lo entendía el apóstol Pablo cuando, sin caer en falsas humildades, abriendo su corazón a su fiel y querida comunidad de Filipos, se presenta él mismo como modelo de fidelidad a Jesucristo: *Sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros. Porque hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas; sólo aspiran a cosas terrenas. Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo* (Flp 3, 17-4,1).

Estas palabras siguen siendo de perenne actualidad en nuestra sociedad y en la vida de muchos de nuestros contemporáneos; también entre nosotros, los que vivimos una vocación de especial consagración en la Iglesia para gloria de Dios y servicio a los hombres y mujeres de nuestro pueblo. Estamos llamados a ser como esas *lámparas ardientes y luminosas* en medio del mundo. Para dar luz y abrasar al estilo de Jesús y de sus santos. Tal como nos lo enseñó san Bernardo.

Nos podemos imaginar, por un momento, cómo se vivía en la vieja Europa, en aquel año 1115: pobreza, hambrunas, guerras constantes entre los príncipes cristianos, movilización de muchos jóvenes alistándose para morir en las Cruzadas contra los enemigos de la fe cristiana, enfrentamientos doctrinales dentro de la Iglesia, falta de formación y corrupción del clero, enfermedades que obligaban a establecer cuarentenas en villas y ciudades; en medio de estas situaciones, Bernardo con sólo 25 años, fue enviado por su abad para fundar un monasterio en Claraval. Ciertamente que no se dejó llevar de cálculos estadísticos, ni de posibilidades económicas para construir un monasterio de nueva planta, ni perdió la paz pensando en si habría o no vocaciones. Él se puso en camino, llevó a la práctica con su vida el verdadero espíritu monástico —que es vivir el Evangelio, en comunidad, al estilo de Jesús—, tomó la decisión de observar personalmente una vida sobria y moderada, tanto en la mesa como en la indumentaria y en los edificios monásticos que él iba construyendo, comprometiéndose, además, a la atención y cuidado de los pobres. Y todo esto lo hizo porque era consciente de que sólo Jesús es *miel en la boca, cantico en el oído, júbilo en el corazón*. Fascinado por Jesucristo y centrándose en lo esencial de la vida monástica no se cansa de repetir a todo aquel que entra en contacto con él que sólo hay un nombre que cuenta, el de Jesús de Nazaret. Y de una manera muy bella, en uno de sus Sermones sobre el *Cantar de los cantares*, llega a decir: *Cuando discutes o hablas, nada tiene sabor para mí, si no siento resonar en tus labios el nombre de Jesús*.

¡Mis hermanos y padres de este monasterio para mí muy querido! Vivimos unos momentos excepcionales. Una cantidad ingente de nuestros contemporáneos andan como “ovejas sin pastor”, buscan, pero donde lo hacen no encuentran nada más que vaciedad y frustración. Vivimos inmersos en una sociedad enferma porque cada vez está más huérfana de Dios y más necesitada de Él. De un Dios Padre que se ha pretendido expulsar del ámbito de lo social. Hace unos días he vivido la experiencia de participar en la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa acompañando a 130 jóvenes y un grupo de sacerdotes de nuestra Iglesia Diocesana. He podido contemplar cómo aquella incontable ruidosa multitud, en un momento determinado, después de escuchar las palabras sencillas y, a la vez, profundas del papa Francisco, ante la presencia

del Señor en la Eucaristía –durante la Vigilia de la noche previa a la Misa de clausura de las Jornadas– observó un profundo silencio. Era un silencio orante que se dejaba sentir. Tanto antes como después, algunos de estos jóvenes –no niños– en esa confidencia de corazón a corazón manifestaban con una gran *parresía* lo que pedían a los sacerdotes y a los consagrados: fidelidad y un testimonio alegre de nuestra vocación.

San Bernardo no tuvo los medios que nosotros poseemos para acercarnos o para atender a tantos que se acercan a nuestras parroquias, santuarios y a este monasterio. Os animo a que prosigáis con vuestro empeño de hacer de vuestra entrega alegre, de acuerdo con el espíritu del Cister, una experiencia similar a la de este gran santo y doctor de la Iglesia que fue san Bernardo: ser en el interior de este monasterio un signo de la ternura de Dios para con los hermanos; y todos vuestros quehaceres cotidianos, aunque sean los más humildes, hacedlos con esa rectitud de intención sabiendo que son una sonrisa de Dios dentro de la Comunidad y fuera de ella. No es fácil vuestro hermoso camino monástico, pero no os olvidéis que sois en el mundo un reclamo de la misericordia de Dios. Estáis llamados a ser sal de la tierra y luz del mundo. Hoy, más que ayer, es imprescindible vuestra presencia, porque vosotros estáis llamados a ser luz del mundo. Que brille vuestra luz ante los hombres y mujeres de nuestra sociedad, especialmente ante los jóvenes que pasan por Oseira buscando un camino, y que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.

San Bernardo afirmaba que el verdadero conocimiento de Dios consiste en la experiencia personal, profunda, de Jesucristo y de su amor. Este camino vale para todos porque en realidad la fe es un encuentro personal íntimo y misteriosamente fecundo con Jesús, y al buscar constantemente esta cercanía con el Señor, tratándolo como amigo, hermano, maestro aprenderemos a amarlo más para seguirlo con mayor alegría y gozo, viviendo nuestra vocación de testigos misioneros del amor misericordioso de Dios en este mundo roto.

Os invito a que volváis la mirada del corazón a esta venerada y antigua imagen de Santa María la Real de Oseira, siguiendo el ejemplo de Nuestro Padre san Bernardo, de tal modo que Ella no se aparte nunca no sólo de nuestros labios, sino también de nuestros corazones; porque si Ella nos sostiene, no caeremos; si Ella nos protege, no habrá miedos que temer; si Ella nos guía, no nos cansaremos en esa lucha cotidiana de amor y llegaremos a la meta que es Cristo.

Que así sea.

Misa na honra de D. Ramón Otero Pedrayo

Parroquia de Trasalba, 19 de setembro de 2023

Benqueridos irmáns e irmás:

Pemitídemme, en primeiro lugar, que saúde ó Sr. Cura Párroco de san Pedro de Trasalba, meu benquerido D. Lisardo e a todos vós que formades parte desta comunidade parroquial. Con agarimo, saúdo nesta ocasión ó Sr. Presidente e membros do “Padroado Otero Pedrayo” e agradécolle-la invitación para participar neste acto e, de xeito especial, que poidéramos comenzar este día coa celebración da Eucaristía dominical. Estou por asegurar que D. Ramón sentirá un gozo especial dende esos ceos novos e dende esa terra nova que o Bon Deus ten preparado para aqueles que o aman.

Benqueridos amigos todos.

Cada vez que os cristiáns xuntámonos para participar na oración das oracións que é a Eucaristía, deixámonos sorprender pola tenrura dun Deus que nos convoca, dunha comunidade que nos acolle, dunha Palabra que nos interpela e do Pan partido e do Sangue derramado que se nos ofrece en comunión. Ese é o auténtico sentido da celebración da Misa que adquire unha especial resonancia cando a vivimos nunha das nosas parroquias do mundo rural, ó que D. Ramón sentíase tan unido, xa que para el posuía un atractivo especial, pois a parroquia supoñía unha íntima comunión da vida do home coa contorna natural onde se desenrola a súa existencia, dándolle así, xa naquel entón, un sentido ecolóxico a esta celebración dos cristiáns. É ben certo que, en toda Misa, tanto naquela que se celebra na igrexa máis remota da xeografía da nosa Galicia, ata a que, con maior solemnidade, celébrase na nosa Catedral, dámonos conta que son moitos os elementos que entran na súa realización.

Por un momento podemos pararnos a reflexionar como a pedra dos montes veciños, traballada polas mans daqueles canteiros de entón, que contaban cun deficiente instrumental, pero que posuían a mestría duns artistas, puido plasmarse nesta fermosa realidade que hoxe nos acolle; gracias a eses artistas pedreiros atopámonos neste lugar, no que semellan ecoar aquelas verbas que aparecen esculpidas na entrada dalgúns templos: *esta é a casa de Deus e a porta do ceo*. Cando os nosos devanceiros entraban nesta parroquia, sabían que traspasaban a porta do ceo e deixábanse fascinar por este anaco de eternidade representado polo retablo onde a arte, feita beleza, axudáballes, e axúdanos, a descubrir esoutra dimensión de eternidade que da sentido a toda unha vida. Aquí, tódolos elementos da natureza: pedra, madeira, cera, pan, viño e auga, xunto coas palabras e os xestos establecidos pola acción litúrxica convértense en cauce a través dos cais o mesmo Deus volve a realizar o proceso da súa encarnación, asumindo unha transformación de todo o material, malia a súa

pobreza, de tal xeito que, a través da materialidade da súa Palabra proclamada e do pan e viño eucaristizados, achégase ó home e á muller de hoxe, e de sempre, para manifestarlle o seu amor misericordioso.

Este mesmo Deus, neste domingo, por medio da súa Palabra, convidanos a reflexionar sobre o dobre aspecto da existencia cristiá: a dimensión comunitaria vivida na unidade desa gran familia que non ten fronteiras e que chamamos Igrexa; e a dimensión persoal que nos convida a prestar atención e respecto por cada persoa e a súa dignidade singular. No seo da comunión desta Igrexa, cada persoa é moi importante; non interesa tanto a súa condición social, nin a súa etnia, nin as súas opinións; importa tan só a persoa mesma, por iso é polo que o papa Francisco nunha das súas intervencións na JMJ de Lisboa, á que puiden asistir acompañando a un centenar de mozos e mozas de Ourense, repetiunos que na Igrexa caben todos, e repetiuno tres veces. Por iso é polo que neste sentido hoxe no Evanxeo fálanos dunha praxe moi antiga que é *a corrección fraterna*; un exercicio que ten, como se pode comprobar, sabor evanxélico, porque entra dentro da pedagogía utilizada polo mesmo Xesús. O Señor sempre quere recuperar ó outro, axudalo, en definitiva, quere salvalo. Esa recuperación pode seguir un triplo proceso:

En primeiro lugar, cando contemplo na vida dun irmán algo que non vai de acordo co espírito do Evanxeo, dinos Xesús: vai e repréndeo a soas. É dicir, cando nos damos conta de algo malo ou correxible na existencia dun irmán, non debemos darlle publicidade, non podemos expoñer o seu pecado na praza pública –como di o papa Francisco–, debémonos dirixir ó irmán en privado e con discreción, sen xulgarlo; e para axudalo, de verdade, manifestarémolles o que debemos dicirlle, sen adornos nin subterfuxios, con caridade e claridade. Existe unha segunda posibilidade para realizar esa corrección, porque en ocasións, a pesar das nosas boas intencións, non dá resultado a nosa primeira intervención; por iso é polo que volta a dicirnos: toma contigo a unha ou dúas persoas da comunidade para que pola palabra de dúas ou máis testemuñas quede resolvido o asunto, porque non é cristián desentendernos do irmán que vai polo mal camiño. Non é bo pasar de longo ante as dificultades do irmán. Pero a pedagogía de Deus non ten límites, de tal modo que nos chega a dicir: se tampouco a eles failles caso, dillo á Comunidade, é dicir, á Igrexa. Esta ensinanza de Xesús axúdanos moito porque cando vemos ou descubrimos un erro, un defecto, un descoido debemos reconducir ó irmán ás mans misericordiosas do Bo Deus para que o cure, fágalle ve-la luz, rectifique e viva en plenitude a súa existencia. O Papa, co seu sentido tan orixinal e práctico, dinos que xamais está xustificada a crítica, a murmuración, a difamación –dunha maneira ocurrente dinos: esa costume é unha peste peor que a COVID–; o autenticamente cristián queda moi ben reflectido naquel consello

que nos deixou aquel poeta e místico castelán, san Juan de la Cruz, que nos di: *Onde non hai amor, pon amor e sacarás amor*. É o amor de Xesús, que se entrega na súa Palabra e en cada Eucaristía, o amor que acollía a publicanos e pecadores e comía con eles, escandalizando ós benpensantes, que sempre existen en todas as comunidades; o mesmo que na época de Xesús, porque a plenitude de toda a nosa vida de crentes está no amor, ó estilo de Xesucristo. Pero para vivir nesta perspectiva é necesario recorrer a esa gran experiencia que foi a clave da existencia crente de tantos homes e mulleres ó longo da historia, a esa experiencia que se chama oración que consiste en deixarnos ver tal como Deus nos ve, coa súa verdade, en toda a súa plenitude, e non nos esquezamos que pase o que pase, e suceda o que suceda, esa ollada de Deus é sempre misericordiosa. Quixera finalizar as miñas verbas cunha anécdota da Madre Teresa de Calcuta: en certa ocasión un xornalista británico visitouna na súa Casa de Calcuta para facerlle unha entrevista e atopouna coidando a un enfermo cuberto de chagas. O xornalista díxolle: “Eu non faría isto nin por un millón de dólares”. Ó que respondeu a Madre Teresa: “Eu tampouco!, pero é o amor de Deus o que me dá forzas para coidar a este irmán porque grazas a él son capaz de descubrir ó mesmo Xesucristo tras este doente”. Nalgunhas ocasións, despois de propoñernos un exemplo de caridade, Xesús finalizaba con estas palabras, que podemos acollelas na nosa vida: anda e fai o mesmo e daraste conta de que ***o mellor está por vir***. Lembrémonos ben disto: cando na nosa vida poñemos a vida de Xesus en medio de nos, entón “O mellor está por vir”, porque ábrenos á esperanza.

Que así sexa!

Escritos

Santiago de Galicia

Muchos hombres y mujeres de nuestra tierra gallega al mes de julio también le llaman: ¡el mes de Santiago! Y esto es así porque desde los albores de nuestra historia común la figura de este apóstol, “amigo de Jesús”, estuvo muy presente entre nosotros; y no sólo en los pueblos de Galicia, sino también en toda la antigua Hispania. Su fiesta, celebrada el 25 de julio, desde tiempo inmemorial, ha sido fiesta nacional.

El nombre de “Santiago” se encuentra por primera vez vinculado con un lugar geográfico (*locus sancti Iacobi*) con el que el rey Alfonso II quiso honrar la tumba del Apóstol, descubierta por aquel entonces; de este modo este nombre, originariamente un topónimo, pasa a ser aquel con el que se denominará al Santo Apóstol en la tradición occidental.

Santiago era hermano de san Juan, el evangelista; los dos eran hijos de Zebedeo y de Salomé, y, posiblemente, primos del mismo Jesús. Los textos evangélicos no nos hablan mucho de Santiago, pero tenemos algunas referencias que nos dan, de una manera muy aproximada, el perfil personal del Apóstol: fuerte, trabajador, apasionado, generoso. Aparece entre los primeros seguidores de Jesús, en ocasiones, se le nombra después de Pedro. Los tres evangelistas sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, nos hablan de Santiago en un contexto de llamada vocacional: *Caminando junto a la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre Zebedeo arreglando las redes; y los llamó. Y ellos al instante, dejando las redes y a su padre, le siguieron.* Es notoria la predilección de Jesús por los Zebedeo y eso se puede constatar en varios momentos de su vida pública; de manera especial, podemos mencionar el momento de la transfiguración en el monte Tabor y la oración en el huerto de los olivos, antes del comienzo de la Pasión.

Después de la experiencia más dolorosa de su vida: la pasión y muerte de Jesús en la cruz, tanto él, Santiago, como los demás quedan abatidos, humanamente hundidos; todos sienten en sus almas el fracaso de un gran proyecto que les había llevado a entregarse; ahora se encuentran que no tienen nada ¡están peor que al principio! Será después de Pentecostés cuando la situación cambiará de manera radical. A partir de este momento, la experiencia evangelizadora comenzará a hacerse realidad. Según algunos documentos muy antiguos, los Apóstoles se repartieron el mundo conocido para predicar a Jesús, el Crucificado-Resucitado. De Santiago se afirma que *predicó en España y en las tierras occidentales*. Ese testimonio se encuentra en algún documento del siglo VII, y, posiblemente, ya aparece en textos anteriores,

como en un documento en *lengua armena*, en el que se dice: *Santiago se marchó hacia el lejano país de España, aquel que le había indicado la suerte, volvió a Jerusalén, fue decapitado y, muerto en su cuerpo, se vuelve a encontrar de nuevo en España.*

Resulta muy curioso el detalle con el que nos encontramos en este documento y que no se menciona habitualmente. En este texto se nos dice que *aquel pueblo bárbaro, impío e inicuo, no atendió al bienaventurado Santiago, no escuchó su enseñanza y no acogió el nombre de Cristo, sino que expulsó al santo apóstol y lo echó de su región. Con todo, una mujer, creyó en Cristo y fue bautizada.* Aquella mujer sirvió al Apóstol y con su patrimonio no sólo cubrió sus necesidades, sino que le ayudó en su ministerio. Cuando, ante el fracaso apostólico, Santiago tomó la determinación de regresar a Palestina, pasando por Zaragoza, aquella mujer, de noble linaje, se empeñó en acompañarle de vuelta a Tierra Santa y tuvo la suerte de ver a María, la madre del Jesús, quedando fortalecida en su fe. Por razón de brevedad, omitimos las referencias que se nos dan sobre el apasionado ardor evangelizador y sobre la actividad taumatúrgica que poseía Santiago. Como consecuencia de todo ello fue decapitado.

Después de su martirio, leemos en este antiguo manuscrito, cómo aquella mujer proveniente de la *Gallaecia*, quizás acompañada por un grupo de hombres piadosos, se dirigió a Santiago Alfeo, que presidía la comunidad de Jerusalén, y a san Juan, el hermano de Santiago, rogándoles que le entregasen el precioso cuerpo del Apóstol para trasladarlo al territorio que le había sido asignado como su lote y heredad.

El resto de la historia es más conocida y, después del descubrimiento de la tumba del Apóstol, por el obispo Teodomiro de Iria Flavia, en el siglo IX, desde entonces, de una manera nueva, la persona de Santiago se hizo presente en la antiquísima *Gallaecia* y en la vieja *Hispania*. La Historia de los hombres y mujeres de esta gran nación estuvieron acompañados por este discípulo de Jesucristo. En el mismo manuscrito que antes mencionábamos se puede leer: *El santo apóstol Santiago le había pedido a Cristo que todo aquel que viniese con esfuerzo a su tumba santa, no fuese juzgado por sus pecados, sino librado del fuego y de los tormentos eternos.* Aquel antiguo escribano, al transcribir la historia del Apóstol, parecía intuir, proféticamente, lo que siglos más tarde sería la indulgencia jubilar de los Años Santos y los beneficios espirituales de la peregrinación realizada por motivos religiosos.

Fe con obras

Cuando se habla de la relación entre la vivencia de la fe y la administración económica, la mayoría de las veces, se produce como una cierta “incompatibilidad”. Parece que da la sensación que la vivencia religiosa, de una manera coherente, supone una cierta carga de espiritualismo y que todo aquello que supone una carga de materialidad, economía y administración resulta poco menos que incompatible. Pensar así es olvidarse de la misma estructura íntima del ser humano. Somos, como decía aquel filósofo-teólogo: un espíritu encarnado. Cómo podríamos manifestar y vivir nuestra fe si no fuésemos capaces de materializarla, de concretar. Me pregunto, cómo podríamos vivir esos canales de la gracia que son los sacramentos, si se nos prohibiese utilizar, como cauces de esos dones sobrenaturales la realidad del agua, el aceite, el pan y el vino de la Eucaristía.

De igual modo podríamos preguntarnos cómo podríamos ejercer el ministerio de la solidaridad y de la caridad, estrechamente vinculados con el culto, si no pudiéramos contar con esos magníficos edificios que han sido los albergues de peregrinos, los hospitales, los monasterios con sus hospederías, etc. Y si alzamos la mirada al horizonte nos encontramos con las torres de las catedrales y de los monasterios, los campanarios de las iglesias y de las ermitas, que son como signos externos que se convierten en referencias de que allí se reúne una comunidad para orar, celebrar y festejar a Dios y a sus santos.

Son tantos los ejemplos que podemos destacar y descubrir que, a pesar de vivir en un mundo secularizado, su fuerte impronta no se puede apagar y nadie puede impedirnos que nos sintamos *orgullosos de nuestra fe*. Una fe vivida desde la pobreza de nuestra vasija de barro, sabiendo que es un hermoso regalo que el Buen Dios nos ha concedido en el seno de esa gran familia que es la Iglesia. Una fe que si no se manifiesta en obras concretas es, de suyo, una fe muerta.

Tantas veces extendemos las manos pidiendo una ayuda para los otros, para que se pueda restaurar un retablo, un templo, renovar nuestros seminarios, o quizás para poder socorrer tantas necesidades como llegan a las puertas de Cáritas que deseamos que sean siempre “puertas abiertas” para todos, sin distinción de personas.

Escribo estas letras la víspera de marcharme, con un buen grupo de jóvenes de esta Diócesis, para vivir esa peregrinación que nos lleva a la JMJ de Lisboa 2023. Este acontecimiento de gracia no podríamos vivirlo sin ese soporte material y económico. ¡No somos ángeles! Necesitamos valernos de medios para realizar un sinfín de acciones pastorales, asistenciales, académicas, catequéticas; obras materiales que nos sirvan de soporte físico para vivir y

acreditar nuestra fe. Una fe que deseamos proponer con sencillez de corazón y para ello necesitamos valernos de los medios materiales imprescindibles. Aquellos que se escandalizan de los “bienes de la Iglesia” son los mismos que ignoran –o pretenden ignorar– la profunda realidad del obrar y del actuar del ser humano que se encuentran inserto en su íntimo ADN.

Nos sentimos “orgullosos de nuestra fe” que como don de Dios, recibido en el seno de la Iglesia, ha llegado a nosotros a través de los hogares de nuestros abuelos y padres, que pasaron su vida en el entorno de la casa del *mejor amigo de todos* los que habitan un pueblo, una barriada, una villa: Jesucristo. Estamos “orgullosos de nuestra fe” cuando visitamos la pila bautismal de esa iglesia perdida en medio del mundo rural, en donde hemos sido bautizados y, gracias a la colaboración material de tantos, la encontramos limpia, arreglada, siempre dispuesta para el recuerdo vivo y orante.

Nos sentimos “orgullosos de nuestra fe” cuando enseñamos con un gozo agradecido el edificio del seminario donde hemos vivido tantos años y nos hemos formado; o en ese colegio de las hermanas a dónde íbamos a la catequesis, o aquel convento en el que, en tantas ocasiones entrábamos, y seguimos haciéndolo, para rezar o visitar a ese Dios que se hizo un vecino más en medio de nuestros pueblos y amigo, siempre presente, de los hombres y mujeres de nuestra tierra.

Sintámonos “orgullosos de nuestra fe” y esforcémonos, en la medida de nuestras posibilidades, en colaborar con esta Iglesia, en la que hemos nacido, vivimos y, con la ayuda de Dios, deseamos morir. Una Iglesia que en su peregrinación por este mundo necesita los medios adecuados para que, no sólo nosotros, sino otros muchos, puedan sentirse orgullosos de una fe que nos hace sentir hermanos y amigos.

En la revista diocesana *Comunidade*

Julio

Consejo Pastoral Diocesano

El Concilio Vaticano II, marcadamente pastoral, ha impulsado la creación en la Iglesia de una serie de formas sinodales a las cuales, tanto el Obispo, último responsable de la pastoral diocesana, como los sacerdotes, deben prestar profunda atención, porque en ellos recae, de manera directa la cura de almas, y la principal responsabilidad del servicio de la tarea pastoral de una porción del santo pueblo de Dios. Los sacerdotes son los principales e insustituibles colaboradores del orden episcopal, revestidos del único e idéntico sacerdocio ministerial, del que el Obispo posee la plenitud. El Obispo y los presbíteros son constituidos ministros de la misión apostólica; el Obispo los asocia a su solicitud y responsabilidad, de modo que cultiven siempre el sentido de la diócesis, fomentando, al mismo tiempo, el sentido universal y sinodal de la Iglesia.

Tanto el Obispo como los presbíteros no están solos, a la hora de llevar a cabo su sagrada misión, sino que pueden contar con los laicos, con los miembros de la vida consagrada y con aquellos que forman parte de los grupos, movimientos y caminos que existen y viven en nuestra Diócesis, de ahí que la misma legislación universal de la Iglesia estableció la creación de órganos de naturaleza consultiva a los que compete «estudiar y valorar lo que se refiere a las actividades pastorales en la diócesis y sugerir conclusiones prácticas sobre ellas» (CIC, c. 511). Entre ellos destaca el llamado Consejo Pastoral Diocesano. Sus miembros deben estar en plena comunión con la Iglesia y ser elegidos de modo que a través de ellos quede verdaderamente reflejada la porción del pueblo de Dios que constituye la Diócesis; se deben caracterizar, además, por su fe segura, prudencia y buenas costumbres (cfr. CIC, c. 512). Este Consejo se constituye para un tiempo determinado y cesa al quedar vacante la sede (cfr. CIC, c. 513). Debe reunirse, al menos, una vez al año (cfr. CIC, c. 514).

He tenido la suerte de decretar, en junio de 2016, la constitución del Consejo Pastoral Diocesano, en el marco de nuestro camino Sinodal. Por eso, no es de extrañar que en nuestras Constituciones Sinodales 2016-2021, se nos diga que, en los últimos lustros, se han dado pasos en la constitución de formas específicas de corresponsabilidad en la parroquia, aunque no han sido suficientes. Estas estructuras sinodales son las que vienen configuradas por los organismos de participación, especialmente los consejos pastorales

parroquiales e interparroquiales, no sólo como plataformas de debate y propuesta, sino como un auténtico camino para lograr e intensificar la comunión (Constituciones, p. 108).

Si el Obispo necesita el Consejo Pastoral, cuánto más los sacerdotes en medio de esta sociedad tan compleja en la que, tantas veces, deben desempeñar su misión al frente de varias comunidades parroquiales. El Consejo Pastoral, junto con el Consejo de Asuntos Económicos, es un signo de pertenencia eclesial y de responsabilidad compartida. Todos debemos esforzarnos por no caer en ese clericalismo bilateral que supone un exceso de protagonismo por parte de los sacerdotes y un defecto en la asunción de responsabilidades por parte de los laicos y los miembros de la vida consagrada. En el Sínodo Diocesano hemos apostado por la creación de comunidades más responsables y más responsabilizadas de su misión, sin esperar a que los sacerdotes tomen la iniciativa y tengan que ponerse siempre en la vanguardia de las tareas evangelizadoras.

La Iglesia diocesana ha de ser una escuela de comunión para aprender a caminar juntos, acogiendo y valorando la diversidad como un don de Dios y así anunciar, celebrar y vivir la fe de una forma corresponsable, de ahí que el Consejo Pastoral debe ser un instrumento al servicio de la comunión eclesial facilitando la coordinación de los diversos sectores y de las acciones que están al servicio de la tarea evangelizadora. Cada vez que nos reunimos en este Consejo, lo hacemos con la conciencia clara de que lo debemos realizar en una perspectiva orante, y el lugar de nuestro encuentro –el santuario de Los Milagros– es el ámbito propicio para llevar a cabo la finalidad del mismo, que consiste en: estudiar, analizar, valorar, discernir, sugerir propuestas y evaluar aquello que se refiere a las actividades pastorales de la Diócesis, así como propiciar el encuentro, el diálogo y la conjunción entre la diversas instituciones y organismos implicados en la acción pastoral.

Acompañemos este trabajo con nuestro recuerdo orante en la Eucaristía, sabiendo que todo nuestro quehacer comienza en Jesucristo, que es su fuente, y termina en Él, que es la plenitud de lo que buscamos; y para ello es necesario que nos abramos en una total disponibilidad al Espíritu Santo, con la finalidad de que sepamos acertar en todo aquello que la Iglesia nos pide y espera de nosotros en este momento sinodal y, al mismo tiempo, postsinodal.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Agosto

Rise Up (¡Levántate!)

Cuando me dispongo a escribirte esta carta de agosto a través de *Comunidade*, me encuentro preparando una de las catequesis que me han encomendado dentro del marco de la XXXVII Jornada Mundial de la Juventud que este año se celebra en Lisboa. Curiosamente, en esta ocasión, el Comité Organizador local ha denominado a las catequesis encuentros *Rise Up* (¡Levántate!). Este acontecimiento de la JMJ es un momento de gracia para la Iglesia y para el mundo, de manera especial para la juventud que es el presente de la Iglesia y la esperanza de nuestros pueblos y ciudades, y también de nuestras comunidades creyentes. Los temas de reflexión son marcadamente marianos, respondiendo así al lema del encuentro: María se levantó y partió sin demora (Lc 1, 39).

La Iglesia nos pone como ejemplo a la Virgen María, la oyente de la Palabra, que acoge el querer de Dios en su vida, se levanta y se pone en camino hacia la casa de su prima Isabel para ayudarla, tiene prisa para servir. También nosotros estamos invitados a acoger la Palabra de Dios, dejar que fecunde nuestras entrañas y nos conceda la fuerza para ponernos en actitud de servir, sabiendo que el mejor señorío de un cristiano es el espíritu de servicio. No podemos cruzarnos de brazos o quedarnos sentados, cómodamente, en la poltrona dejando que transcurra la vida y pasando de los otros y de sus necesidades. Estamos invitados a luchar contra ese “pasotismo ilustrado”, consecuencia de tantas inercias pastorales y eclesiales, que nos impiden darle a nuestra vida y a la de los demás, otra perspectiva, otro horizonte vital que dé sentido pleno a nuestra existencia. Hemos sido llamados a la vida por puro querer de Dios, por pura gratuidad, y estamos llamados a ser testigos-misioneros de ese amor generoso que sigue brotando, constantemente, del corazón misericordioso de Cristo.

Contemplar la vida de María ha sido siempre como un retablo bellísimo que la Iglesia ha puesto delante de nuestros ojos y que ha fascinado a tantas personas a lo largo de la historia. Muchas se han convertido a la fe de la Iglesia; otras le dieron un salto de calidad a sus vidas; también nos hemos encontrado con otras muchas que aprendieron a contemplar los misterios de la vida de Jesús a través de los ojos de María. Si no lo habéis hecho todavía, os invito a que entréis en la Catedral de Ourense, cualquier día por la mañana temprano, y alcéis vuestros ojos al retablo de Cornelis de Holanda que “abre” la capilla mayor al infinito. Cuando nuestros mayores trazaban esas obras tan hermosas dentro de nuestros templos, querían hacer realidad aquella frase que todavía hoy encontramos en muchas de nuestras iglesias: “Esta es la Casa

de Dios y la puerta del cielo”. Al traspasar el umbral del templo se quedaban fascinados por la belleza del retablo que se convertía en una ventana a la trascendencia, un camino hacia la familia trinitaria: hacia el Padre, por el Hijo, en la comunión del Espíritu Santo. Hoy, quizás nos falta esta sensibilidad y cuando nos encontramos con estos detalles de la belleza humana, que nos abren al infinito, lo que hacemos muchas veces es transformarlas en una imagen que guardamos en el archivo de fotos de nuestro móvil.

En nuestra Diócesis son muchas las iglesias, santuarios y ermitas en cuyo centro se encuentra la imagen de María, que nos muestra el camino para una vida plena, un camino que es su mismo Hijo. En la mitad del mes de agosto luce con fuerza la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. María se convierte en un reclamo de eternidad para nosotros. Es llevada a esos cielos nuevos y a esa tierra nueva, no para desentenderse de nosotros y de nuestras historias, sino para trascenderlas, dándoles una dimensión de eternidad. Y, justo cuando estemos a punto de rematar el mes, las novenas a la Santísima Virgen se van a convertir en un despertador del amor de aquella que es madre y protectora de este pueblo. Acudamos a los Remedios, a los Milagros, al Cristal, al Portal, a tantos otros lugares, para darnos un tiempo y un espacio a la conversión de nuestra vida, aprendiendo de María a ser servidores. Uno de los cauces para lograrlo es acudir al Sacramento de la Reconciliación, bien preparado y celebrado, para no poner obstáculos a la dinámica de la gracia. En este sentido, recuerdo a los sacerdotes las proposiciones 126 y 131 de nuestras Constituciones Sinodales.

Pongamos en el regazo de la Virgen Madre no sólo nuestras necesidades, sino las de tantos otros que se encuentran rotos por el dolor, la enfermedad, la guerra, el hambre, la soledad y la falta de paz en sus corazones. Como Iglesia en Ourense también queremos presentar ante la Madre de Jesús los trabajos del Sínodo de los Obispos, los frutos apostólicos de la JMJ, las vocaciones para el Seminario y para la vida consagrada, la acogida de las Constituciones Sinodales de nuestra Diócesis, y, como siempre, no dejamos de suplicarle por la paz del mundo, para que desaparezca la persecución contra los cristianos, realidad patente en bastantes lugares del mundo; roguémosle por nuestros niños y jóvenes, para que no cierren su existencia a Jesucristo, por los enfermos y quienes viven solos o sienten el abandono de los más cercanos, y, por supuesto, roguémosle para que nuestros jóvenes encuentren un trabajo digno en nuestra tierra y no tengan que abandonarnos... Dejemos que el corazón se abra ante Aquella que es la “omnipotencia suplicante” para que lo suplique todo a quien todo lo puede.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Septiembre

Un nuevo curso

El mes de septiembre marca el inicio de un nuevo curso académico, catequético y pastoral. Mis queridos amigos os invito a que no caigáis en la tentación de pensar que es un curso más. Si lo iniciamos con ese pensamiento en la inteligencia de nuestros corazones, podemos tener la seguridad de que no habremos superado la enfermedad de la inercia que sería un mal síntoma para un comienzo lleno de esperanza.

Delante de nosotros se abren unos retos que el curso pasado no teníamos. Por una parte, todavía resuenan con fuerza las palabras del papa Francisco en la JMJ de Lisboa 2023. No sólo ha sido un encuentro que el Papa ha tenido con los jóvenes del mundo, en el que hemos tenido la suerte y la gracia de participar, acompañados por un grupo de jóvenes y de sacerdotes de nuestro Presbiterio que, voluntariamente, durante varios días, superando las dificultades y las incomodidades físicas del momento (que no faltaron), vivieron con alegría, en medio de una multitud procedente de casi todas las naciones de la Tierra, el encuentro con el “nuevo” Pedro para ser confirmados en la fe, sino que también pudimos percibir, en primera persona, la fuerte vitalidad de la Iglesia, sin la cual, si solamente nos dejamos llevar por la contemplación de lo inmediato, podríamos correr el riesgo de experimentar una grave hemiplejía pastoral. La Iglesia es una realidad mucho más viva de lo que pensamos cotidianamente y que se extiende más allá de los límites de nuestras parroquias y de la Diócesis.

El papa Francisco nos ha lanzado un reto a todos, ¡a todos!, no sólo a los obispos, sacerdotes, religiosos y agentes de pastoral que acompañaban a más de un millón de jóvenes de todas las lenguas. Os ruego que repaséis, es más, que convirtáis en lectura meditativa las intervenciones del Papa en la JMJ. Os aseguro que sentiréis una fuerte sacudida dentro de vosotros, por su sencillez, su fuerza, su claridad y por su amable exigencia para empujarnos, con renovado impulso, a lanzar las redes para la pesca, sin mirar a atrás. Me atrevería a decir, que nos ha invitado a todos a que nos comprometamos una vez más, ¡a todos!, unidos, sinodalmente, a llevar a cabo esa Programación Diocesana, propuesta por el Consejo de Pastoral Diocesano, para este nuevo curso.

Hemos escuchado cómo el Santo Padre insistía en la palabra ¡todos! No podemos convertir nuestra tarea pastoral en un proyecto a lo Robinson Crusoe, cayendo en la tentación autorreferencial de pensar y creer que nuestros proyectos y formas pastorales de actuar son mejores que aquellas que se nos proponen en la Programación Diocesana de Pastoral. No podemos perder la perspectiva eclesial en la que estamos inmersos, porque estamos

viviendo una experiencia sinodal a nivel diocesano, que a lo largo de este curso queremos intensificar. Lo haremos teniendo como trasfondo eclesial el Sínodo de los Obispos que, después de la reflexión diocesana, nacional y continental, realizará su primera etapa el próximo mes de octubre. Todo este proceso debe ayudarnos a descubrir la importancia de la sinodalidad en la vida de la Iglesia.

Por otra parte, aunque son muchas las actividades programadas, quisiera subrayar la importancia de la formación permanente tanto para los laicos como para los sacerdotes; para ello no nos olvidemos de hacer presente –y de publicitar convenientemente– la importancia que tiene en la vida de nuestra Iglesia Diocesana la actividad llevada a cabo por el Instituto Teológico Divino Maestro, centro universitario que no sólo se preocupa de la formación teológica de los candidatos al ministerio ordenado, sino que abre sus aulas a la formación teológica del laicado, de la vida consagrada y de los sacerdotes. Junto a él está el Centro de Ciencias Religiosas y las actividades del Instituto da Familia. Nuestra Diócesis, siendo consciente de nuestras “pobrezas”, también posee unas realidades que entre “todos” debiéramos potenciar, cuidar y presentar a todos los miembros del pueblo santo de Dios que viven en nuestras tierras.

Por último, no quisiera olvidar la importancia que debemos conceder a todas las actuaciones, convivencias y encuentros programados para los niños y jóvenes con el fin de conseguir una “cultura vocacional” que sirva de fundamento para poder llevar a cabo una adecuada e imprescindible Pastoral Vocacional, –aprendamos con humildad de otras Iglesias hermanas que han apostado por priorizar este trabajo Pastoral y ya recogen sus frutos–; en este sentido, no nos olvidemos de la misión y tarea que entre nosotros tiene encomendado el Colegio Seminario Menor “A Inmaculada”.

Los primeros días de septiembre son momentos en los que intensificamos nuestro encuentro con Santa María Madre, bajo diferentes advocaciones; que nuestras novenas y peregrinaciones a las distintas casas de la Madre de Dios nos ayuden a revivir los deseos de conversión personal para lograr esa conversión pastoral que necesitamos en estos momentos, de tal manera que nos pueda ayudar a dar una respuesta más operativa y adecuada a las necesidades e inquietudes de nuestros pueblos y de sus gentes.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense